

EL DISFRAZADO,

POR

ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.

Es en la insigne y coronada villa de Madrid, corte de los reyes de España, el campo que llaman de Leganitos un ameno sitio donde las calurosas noches del verano concurren muchas damas y caballeros, con el ligero traje que permite la noche, á gozar el fresco, que pocas falta de aquel lugar, con la vecindad del altivo puerto de Guadarrama, piadoso socorro contra el fuego de la canícula, así con su blanca nieve como con sus regalados y frescos vientos. Aquí pues, una noche que la luna no comunicaba sus plateados rayos, por ser el último cuarto de menguante, se salieron dos damas vecinas de aquel sitio á gozar del sonoro murmurio de la fuente de Leganitos, con la permission que da la noche y el embozo de los sereneros: iban acompañadas de dos criadas en solo el traje de enaguas brillantes y pretinillas de lo mismo, habiendo mandado á un anciano escudero, en cuya confianza salieron, que se quedase algo detrás por no ser conocidas por él y tener mas libertad para desenfadarse con el embozo. De esta suerte pues iban las dos damas con sus criadas y el escudero á la vista, cuando habiendo tomado el camino alto del colegio que llaman de Doña María de Aragon, bajaron por él á la fuente de Leganitos, y antes de ella, como cuarenta pasos, se les ofreció al encuentro un hombre vestido en tosco traje. Venia con una capa de paño pardo, una montera de lo mismo, capote de dos faldas y calzones de lienzo blanco. Este pues, emparejando con las damas, acertó á caer al lado de la mas hermosa, cuyo nombre era Serafina; y el de la otra, que era su hermana, Teodora; y con el despejo que permite la noche, habiendo visto el buen brio de la dama y por estar cerca de su hermosura, le dijo: Bien hace la luna en no salir á mostrarnos su luz si sabia que á este feliz campo habia de salir beldad de mas lucidos rayos. Repararon las dos damas en la persona que les habia hablado, habiendo entendido el hipérbole, y causóles admiracion en ver que desdijese el traje del lenguaje cortesano que le oian. Paráronse con esto aten-

tamente á mirarle, y él, embozándose en la tosca capa con que se cubria, se estuvo quedo.

Era doña Serafina despejada, y á esto se le añadía ser mujer, que todas son perdidas por novedades, y quiso descifrar aquella enigma; y así con libre despejo, quitando el rebozo al encubierto, le dijo: Corramos la cortina á este personaje embozado, hermana mia, que me ha dado antojo de saber de él, porque miente en sus encarecimientos, mas de lisonjero cortesano que de tosco plebeyo. No os juzgo por tan desconfiada, hermosa señora, dijo él, que os ha ya dicho el espejo que he andado corto en alabaras lo que el cielo os concedió, para que muchos me han ganado por la mano en las alabanzas. Ninguna merecen mis partes, dijo Serafina, pero una lisonja cuesta poco, y así por lo bien que me está, admito el encarecimiento, que no lo fuera á haberme visto con la claridad del día; con ella quisiera veros, por deshacer sospechas que tengo de que habeis gustado mudar de traje, por seros conveniente el disfraz, ó por querer con él tener esta noche entretenimiento, cansado del cortesano que siempre usais. Os habeis engañado, dijo él, que este me concedió mi humilde nacimiento, si bien encubro unos altos pensamientos, muy ajenos de él. Y cuáles son esos deseo saber, dijo ella, tomando asiento algo apartado de la gente. El, acercándose mas, dijo: Mis pensamientos son anhelar á ser mas de lo que soy, y así me llevo donde veo que se pueden ajustar á mi deseo, comunicándole con quien me los pueda dar realce. Los habeis empleado mal, dijo ella, porque si pensais haber topado con alguna señora encubierta, soy tan amiga de desengañar, que os digo luego que aquí se remontan muy poco con la baja del empleo. Si, como conozco que me engaiais, supiera la verdad de lo que sois, dijo él, aun hablara con mas gusto; pero topar engaños á los principios, ¿qué me puedo prometer despues? ¿Luego aquí llegaste con deseo de empleo? replicó ella. No soy tan desvanecido, dijo el embozado, que presuma que con tan pocas

partes le puedo tener sin mayores asistencias y finezas; mas en esta dicha de haberos topado quisiera continuar con esperar que mi voluntad os merezca siquiera este breve rato de audiencia, porque no en balde el cielo guió mis pasos á este sitio, donde tanta ventura he tenido de encontraros. Yo venia con ánimo de refrescarme en la fuente con sus claros cristales, dijo ella; de esto estoy desahuciada por faltarme un búcaro que se olvidó en casa, y así admito vuestro deseo, y esta noche á costa de mi sed la quiero pasar en conversacion con vos. Bésoos la mano, dijo él, por el favor que me haceis, que no es poco, cuando en mí veis tan pocas partes para merecérosle. Así Dios os guarde, dijo Serafina, que nos digais qué capricho ha sido el vuestro en vestir esta noche ese traje, que me ha dado sospecha que aquí entreteneis el tiempo hasta que se llegue la hora en que con él entreis donde os aguardará otro mejor empleo. Soy tan nuevo en esta corte, dijo él, que aun no he tenido esa buena suerte; mi traje es este, no ajeno de mi nacimiento, en él ando de día; y porque la noche es capa que encubre muchos defectos, quise, ya que encubre los míos de andar mal vestido, que el alma os diga que ha sido gran dicha mia haberos visto para que sepais que en mí acrecentais desde hoy el número á muchos rendidos que tendréis con vuestra hermosura. Muy á ciegas os habeis enamorado, dijo ella, ó lo fingis estar, señor encubierto. Respondedme derechamente á lo que os pregunto, que sabiendo quién sois, aun me tendréis mas de espacio aquí por esta noche. ¿No me dais esperanzas que serán otras? dijo él. Como sepá la causa de ese disfraz, podrá ser que vuestra cortesía me vaya obligando, dijo Serafina. Bien pudiera, dijo él, mentiros, como fingido cortesano, diciéndoos lo que no soy, mas no os he mirado tan apriesa que me obligue á fingir mentiras cuando deseo que de mí experimenteis verdades. Admirábase Serafina de ver hablar aquel hombre así y porfiar en que era lo que mostraba por su hábito, y deseaba que con mas luz la luna le desengañase. Hablaron gran rato, el embozado tratando de que le debia ya voluntad, y ella no se persuadiendo á que la hablaba con veras ni que era hombre plebeyo.

Cumplió la hermosa Cintia sus deseos á la dama saliendo á desterrar alguna parte de las sombras de la noche. Era esto á tiempo que la mas gente desamparaban el sitio de la fuente de Leganitos, con que las damas y el disfrazado se fueron acercando á la fuente, ellas seguidas de su anciano guardian, y él de otro hombre vestido en el mismo tosco traje. Mientras ellas se refrescaban, el nuevo aficionado se llegó al que le seguia, y hablándole un poco al oido, se apartó de ellos, causándoles algun recelo á las damas aquella breve plática, porque como la corte es madre de tantos embusteros y gente de mala vida, se temieron de que el nuevo amartelado y su compañero no fuesen de los que con prendas ajenas viven y campan en Madrid; así se lo comunicó Serafina á Teodora, dándole motivo á esto venir las dos adornadas con algunas joyas de valor,

de que juzgaron que á costa de alguna violencia se querian apoderar de ellas: consoláronse en que aun habia gente en aquel sitio, si bien apartada del que ellas habian de nuevo elegido. Volvieron á la plática con el disfrazado galan, ellas porfiando en que les dijese quién era, y él en perseverar que no tenia mas calidad de la que manifestaba su traje, si bien la que habia adquirido con haber sido admitido á su conversacion era ya mucha.

Con la luz que comunicaba la blanca hermana de Febo reparó Serafina con mas atencion en el nuevo acompañante suyo. Consideróle un mozo de edad de veinte y cuatro años, de gentil disposicion y buen rostro. El traje es el que se ha referido, mas como cuerda hizose una consideracion la dama, y fué que siempre la gente agreste y humilde manifiestan en las manos quién son, por mas que se quieran encubrir, ó curtidas de andar en el trabajo, ó toscas en la hechura por aquello en que se ejercitan. Tenialas el disfrazado de bonisima hechura y blancas, por donde conoció la dama que era el hombre mas de lo que publicaba. Confirmóse esto con que habiéndose refrescado en la fuente, sacó un lienzo para limpiarse la boca, el cual se manifestaba blanco, grande y delgado y con buen olor. No quedó Serafina poco contenta de ver esto, porque en lo que habia hablado con ella le habia parecido bien, y su deseo era saber quién fuese y la causa por qué venia en aquel traje.

Daba el anciano escudero priesa á las damas para que se volviesen á casa, y ellas resistian juntamente con el embozado, que con ruegos le pedia dilatase la estada otro poco; en esto llegó el que se habia despedido de él con una bandeja en que traia búcaros finos de Portugal y unos dulces de Génova, cosa que se halla con mucha facilidad en Madrid, habiendo de todo mucho. Presentóselo á las damas, y ellas, así en la galantería con que se ofreció como en la calidad del regalo, calificaron el buen gusto del que se le ofrecia, y hicieron mas misterio del personaje. El ver aquel lugar fresco ya solo y sin gente obligó á las damas á recogerse á su posada, diciendo Serafina: Yo he tenido, señor mio, muy buena noche pasándola con vuestra cortés conversacion, si bien me holgara de no dormir con el cuidado de saber á quién tengo de agradecer el agasajo que á mi hermana y á mí habeis hecho sin conocernos; este sitio le frecuentamos algunas noches; no os aseguro que vendrémos á él la que viene, por haber en esta dilatado nuestra estada; con todo, acudid mañana aquí, que deseo, si os lo merezco, saber quién seais. Sintiera mucho, dijo él, que habiéndome costado vuestra vista no verme en la libertad con que antes estaba, parara en no continuar el recibir este favor; estimo el que me haceis, y prometo veros mañana, mas ha de ser con pretexto de que no os puedo servir por ahora con deciros quién sea, por cierta causa que lo impide, pero asegúroos que no la habrá para dejaros de servir mientras el cielo me diere vida. Con esto se despidieron las damas del disfrazado, á quien pidieron

que ni las acompañase ni siguiese, que en obedecerles echarian de ver su cortesía. Prometióselo así, con que dejaron su presencia; mas el compañero del encubierto las siguió á largo trecho, y supo su casa.

Llevó Serafina algun cuidado, inclinada al encubierto galan y obligada de su cortesía; y aquella noche comunicó con su hermana Teodora su inclinacion, hablando de él mucha parte de la noche, deseando la que venia verse con él. No menos cuidadoso partió el amar-telado galan, que la hermosura de Serafina le hizo perder la libertad; y así poco sosiego tuvo aquella noche, mas al fin la pasó con esperanzas de verla la que venia.

Vino la siguiente noche, bien deseada de Serafina y del encubierto enamorado; y en el mismo puesto en que se habian encontrado la noche antes se hallaron esta. No mudó de traje el galan, cosa que sintió Serafina; por de no haberlo hecho se presumió que no debía ser hombre principal, sino plebeyo y de baja suerte, porque cuando lo fuera, por agradar á sus ojos había de mudar de traje. Hablólas el forastero con mucha cortesía, mostrando no poco gusto de que hubiesen cumplido su palabra en salir á gozar de la noche, de que les dió las gracias. No hemos hecho poco, os prometo, dijo Teodora, que hay quien impida el gozar de nuestra libertad y quien nos pida cuenta de nuestras dilaciones. No lo dudaré yo, dijo el forastero; pero perdonando el atreverme, sin habérselo merecido antes, ¿no me diréis si es marido ó hermano el que pide cuenta de eso? Basta que haya quien la pida, dijo Serafina, á vos no os toca saber mas de que hacemos esto con alguna pension. Yo lo estimo, dijo el forastero, mas volviendo á la plática pasada, os suplico me digais si sois casada. ¿Qué os importa saberlo? dijo ella. Algo me debe de importar desde anoche acá, que no deseo veros empleada, dijo el forastero. Dueño tengo, dijo Serafina, fingiendo, aunque no en Madrid. Juráralo yo, dijo el galan, de mi corta dicha, que nunca me la da la fortuna sino menguada. Si supiera que lo habíades de sentir, dijo Serafina, no os lo dijera. Pues no os encarezco, replicó, cuánto me holgara de veros en libre estado, que aunque el mío es tan indigno de merecer servirós por la desigualdad que hay entre los dos, siendo yo un bajo hombre, nacido de padres labradores, y vos una señora principal, como el amor no excepta á nadie, despues que me ha hecho suyo, habiéndome rendido con vuestros ojos, deseara veros sin dueño de la manera que si hubiérades de serlo mío. Extraño capricho es el vuestro, dijo Serafina, que conocais las desigualdades entre los dos y deseais aun en esto verme desocupada; pues porque aprendais de lo claro que os hablo, os digo que he fingido que soy casada, no lo siendo, ni aun deseo por ahora verme en esa sujecion. Mucho me habeis obligado, dijo el forastero, con haberme hablado con veras; con las mismas os digo que si de aquí fuera desengañado de esto, no me volviérades á ver. Con cada razon de estas engendraban Serafina y Teodora nuevas confusiones, no acabando de dar en lo que aquel hombre podría ser. Vian-

le con efectos de enamorado, oían que confesaba ser hombre plebeyo, el traje lo aseguraba, y mucho mas no le habiendo mudado la segunda noche que le vian. Deseaba ver á Serafina en estado libre, que parece que esto tiraba á pretenderla. En todo discurrían, y nada averiguaban. Con la misma galantería que la noche pasada habló el forastero con las dos hermanas, y con mas prevencion las regaló junto á la fuente. Allí estuvieron hasta ser hora de recogerse, dando al encubierto galan licencia para acompañarlas hasta cerca de su casa, de suerte que no se extrañaron que él ni el compañero que traía consigo las viesan entrar en su casa.

Eran estas damas hijas de un principal caballero, que por servicios que hizo á la majestad de Felipe III en Flándes tuvo un hábito con encomienda; y cuando murió se le hizo merced de dar la misma encomienda á quien casase con la hermosa Serafina, la cual tenia varios pretendientes; pero era tan moza, que no trataba de casarse, aunque su anciana madre le instaba en esto: con la encomienda, que era de tres mil ducados de renta, pasaban madre y dos hijas, ahorrando de ella para el dote de la segunda; y con intento que fuese cantidad, no trataba Serafina de casarse por entonces: tanto deseaba el remedio de su hermana. Despedidas las dos damas del forastero, él se fué á su posada, perdido de amores por Serafina. No iba con menos cuidado la dama, porque se le acrecentó el afecto con que el galan preguntó su estado, y le pesó de su ficcion, persuadiéndose á que en aquel bajo traje había mas de lo que publicaba, aunque él confesase ser un humilde hombre.

Con alborozo aguardaban la siguiente noche, cuando antes que á la luz del día venciesen las nocturnas sombras, estando las dos hermanas en un cuarto bajo de su casa haciendo labor, se les entró por la puerta una dama embozada con el manto; su entrada fué con alguna alteracion, y vióse de esto el efecto, porque apenas puso el pié en la sala donde las dos damas estaban, cuando ella misma acudió á cerrar la puerta con la aldaba, indicio que dió de que lo hacia para mas asegurarse. Alteráronse Serafina y Teodora, y dejando la labor, se levantaron á recibirla. La dama recién llegada, con alguna congoja que del susto que traía procedía, les dijo: Perdonadme, hermosas damas, el atrevimiento de haberme entrado aquí sin pedirós licencia, que la causa de haberlo hecho lo pide, pues es tal, que á no hacerlo, ponía en gran peligro mi vida. Mi entrada aquí ha sido huyendo de quien juzgué muchas leguas de esta corte, y aun imposibilitado con prisiones de poder venir aquí. Mi corta suerte ha querido, por castigo de mi inobediencia, que tofio se le haya hecho fácil para que yo lo padezca. Temo perder la vida á manos de quien presumo que me sigue; si hay piedad en vuestros pechos, que donde hay nobleza nunca falta, os suplico me ampareis por esta noche, que á la mañana yo daré aviso á persona que me favorezca y defienda de quien me intenta matar. Cuando esto acabó de decir la afligida mujer ya había descubierto el rostro, en quien vieron las

cumpliendo con lo que me mandais, aunque sea renovar mi sentimiento, os haré relacion de mis trabajos, que pasan de esta suerte.

Sevilla, metrópoli de la Andalucía, ciudad populosa y de las mas ricas de España, es mi patria; nació en ella, hija de padres nobles, de la familia de los Monsalves, bien conocida en todas partes. Don Enrique de Monsalve, veinticuatro de Sevilla y del hábito de Alcántara, fué quien me dió el ser en su casa; fui la tercera de sus hijos, porque dos varones nacieron primero que yo. En mi tierna edad faltaron mis padres, quedando á cargo de mi hermano mayor, cuyo nombre es don Rodrigo de Monsalve, del hábito de Santiago, el cual, sustituyendo el lugar de mis padres, tuvo siempre particular cuidado con mi persona, porque me queria en extremo. El hermano segundo, llamado don Antonio, inclinóse á la guerra, y así fué á servir á su majestad á los estados de Flándes, donde es capitán, habiendo ganado mucha reputacion en la milicia y crédito de gran soldado. Yo me estaba en compañía de mi hermano don Rodrigo, que no deseaba poco mi remedio, y este amor le debí, que aunque le salieron grandes casamientos, porque es cuantioso su mayorazgo, no trató de efectuar ninguno hasta ver mi empleo; la poca edad que tenia causaba no haberle hecho; y así, mis mayores cuidados por entonces eran ocuparme, despues de la labor, en los pueriles juegos de las niñas, hasta que me vi en edad de tratar de otros entretenimientos; tuve maestros de danczar y cantar, porque tengo razonable voz, y estas dos cosas supe con gran destreza.

No perdió el galan la esperanza de ver á las dos hermanas, hasta que vió que por ser algo tarde no vendrian al puesto; prestó paciencia á su despecho, y retiróse con su compañero á su posada. En tanto las dos hermanas trataban de asegurar los temores á la huéspededa que impensadamente se les habia venido. Regalaronla con una sazónada cena, habiendo dado cuenta á su anciana madre, que estaba entonces indispueta, de su venida, hallando aprobacion en su piedad de haberla amparado, viendo en su agradable y hermosa presencia ser digna de todo buen agasajo. Llegóse la hora de retirarse á dormir, y lleváronla Serafina y Teodora á su aposento, donde se le habia hecho una limpia cama, muy cerca de la en que las dos dormian. Despues de acostadas quiso Serafina que su huéspededa les diese cuenta de la causa de haber escogido su casa para refugio y seguridad de su fuga; y para obligarla á que de ella les hiciese relacion, le dijo así: Perdonad, hermosa señora, si en esta casa no se os ha hecho el hospedaje que merece vuestra persona, que en la voluntad no se ha podido errar, antes cuanto viéredes que se usa de llaneza con vos lo habeis de atribuir todo á vuestras de amor; digo esto por haberos dado cama en este mismo aposento que nosotras la tenemos, que á dároslo en otra parte, habia de ser apartada algo de aquí, y quien está con desconsuelo y temores mejor le estará en compañía que en soledad, y mas de quien, como nosotras, os desea servir. Estimaremos mucho, si la causa lo pide, que nos deis parte de vuestra pena, que las que se comunican suelen descansar los pechos en que dan aflicciones. De nuevo, dijo la afligida dama, os vuelvo á dar las gracias de las honras y favores que me habeis hecho, y en lo que me pedis perdon me hallo mas agradecida, pues con la pena que tengo no pudiera tener mas alivio que con estar cerca de quien me la consuele; y así,

Una señora que habia sido grande amiga de mi madre, y yo lo era de una hija que tiene, quiso hacerme un agasajo una tarde de las de la primavera, y así pidió licencia á mi hermano para llevarme á una quinta que tenia á quien bañaban los cristales del undoso Guadalquivir, río de Sevilla, en la parte que llaman de San Juan de Alfarache; fui con ella y otras señoras á la quinta, donde tenia gran prevencion de merienda. Tenia esta señora, juntamente con aquella dama hija suya, un hijo estudiante; eran de segundo matrimonio los dos. Este fué de secreto á la quinta sin saberlo su madre, y llevóse consigo un caballero, grande amigo suyo, natural de Córdoba, del ilustre linaje de los Godoyes, bien conocido en nuestra España. Habíanse escondido los dos en un aposento de la casa de la quinta, que se correspondia por una puerta secreta con el cuarto principal de ella, y desde allí gozaron aquella tarde de cuanto hicimos, que ya podeis considerar, damas mozas y que salen tarde á estas holguras, cuánto se dan á la libertad una vez que les toca el gozar de ella, con la seguridad que teniamos de que no eramos juzgadas de nadie; si bien doña Rufina, la hija de la señora de la quinta, no ignoraba el estar escondido allí su hermano con el otro caballero, y tambien sabia esto el jardineiro, con cuyo beneplácito habían entrado allí regalándole, que no hay cosa que no facilite el dinero. Habiamos paseado el jardín de la quinta y un pedazo de la huerta que en ella habia, no perdonando aun á la fruta